

ingratitude, aniquilado en fuerza de las fatigas y penas que habia experimentado, debilitado por las enfermedades, y sumido en la miseria, murió en Valladolid el 12 de Mayo de 1506 á la edad de sesenta y ocho años. Su muerte, al arrebatarle, impidió que oyera dar al nuevo mundo por él descubierto el nombre de América Vespucio, piloto que le habia acompañado en uno de sus viajes.

La injusticia é ingratitude con que se trató á Colon en su vida, no debieron al parecer ser bastantes para la ingrata España, que pretendió deshonorar su memoria y arrebatarle la gloria de sus descubrimientos, abriendo un proceso en el cual, con astucia, aunque sin éxito, se recogieron de veinte testigos las acusaciones más fútiles y vagas contra aquel grande hombre que suponian habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro que existia en Roma en la biblioteca de Inocencio VIII, y por un cántico de Salomon en que se indicaba el nuevo camino para las islas.

Historiadores distinguidos, reputados escritores, imputan á Colon gravísimos cargos. Acúsanle por su constante preocupacion en adquirir el oro, por su injusticia para con los inocentes y confiados habitantes de América, por su carencia de sentimientos humanitarios, y por su nulidad política. Tales cargos, incontestables á primera vista, demuestran por un lado que los que así han juzgado á Colon, si no desconocian, echaban cuando menos en olvido el espíritu religioso, ó si se quiere la intolerancia y el fanatismo que dominaba á su siglo, que creia de buena fé que los herejes y los idólatras estaban fuera de las leyes de la humanidad y que sin ninguna debian ser tratados; y por otra parte, que no tuvieron tampoco en cuenta que si Colon buscó con avidez el oro, debido era esto, más que á sus propios sentimientos y deseos, á la sordida avaricia de los reyes á quienes servia y á la codicia de sus gentes. El único cargo que podemos admitir como fundado, es el de que no supo Colon dar ordenamiento á sus descubrimientos, y que obligado á satisfacer los incesantes pedidos de oro, no pensó en las ventajas mucho más positivas que de las colonias podian obtenerse.

## CAPÍTULO II

### Conquista de la América del Sur.

La bula expedida en 1493 por Alejandro VI concediendo á los reyes católicos el derecho de conquista, anexion y gobierno de las Indias occidentales, amenazando á los que á ello se opusieren con incurrir en la indignacion de Dios todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, cuya bula fué por aquellos considerada como el más legítimo é indiscutible título de propiedad, y la concesion que, faltando á lo solemnemente pactado con Colon, hicieron en 1495 los reyes á todos sus súbditos, para poder emprender por su cuenta nuevos descubrimientos, excitó el genio y codicia de los españoles, y abrió nuevos horizontes á su carácter aventurero y emprendedor que no podia avenirse con la tranquilidad que en su pátria se disfrutaba después de la expulsion de los moros. Un sentimiento de emulacion



se apoderó de ellos cuando el portugués Vasco de Gama, al doblar el cabo de Buena-Esperanza, abrió por mar un tránsito á las Indias orientales, y un sentimiento de codicia cuando oyeron la descripción de los países que Colon acababa de visitar en su tercer viaje y vieron las riquezas que de ellos habia traído. Nada pudo ya contener á esa larga série de aventureros que empezaron explorando y acabaron conquistando la mayor parte del continente americano.

Rompió la marcha Alonso de Ojeda, excelente é intrépido oficial que habia acompañado á Colon en su segundo viaje, y gozaba de la mejor reputacion: auxiliado por los comerciantes de Sevilla y contando con la poderosa proteccion de Fonseca, obispo de Badajoz, que le facilitó el diario del último viaje del almirante y los mapas de los países que habia descubierto, fué autorizado para armar cuatro naves y emprender el viaje al continente americano. Acompañado de Américo Vespucio se hizo á la vela en Mayo de 1499, y sin desviarse del derrotero seguido por Colon arribó á Tierra Firme, costeó hasta el golfo de Paria, y continuando su viaje hácia el oeste llegó hasta el cabo de Vela, y descubrió una gran extension de costas á la otra banda de las que acababa de visitar el almirante.

En el mismo año Pedro Alonso Niño, que habia acompañado á Colon en su último viaje, en union de Cristóbal Guerra, comerciante de Sevilla, equipó un buque y pasó á la costa de Paria sin hacer ningun descubrimiento interesante, pues se limitó á realizar su propósito de recoger la mayor cantidad posible de oro y perlas. Vicente Pinzon, uno de los hermanos que auxiliaron y siguieron á Colon en su primer viaje, partió de Palos con cuatro carabelas y fué el primer europeo que pasó la línea; en 1500 desembarcó en el Brasil y exploró cuatrocientas millas de costa, que nadie habia aun visitado, y viendo descender al Marañon, llamado por otro nombre rio de las Amazonas, comprendió que habia de ser muy vasto el continente que atravesaba. Algunos meses despues Diego Lepe, como Pinzon marino de Palos, dobló el cabo de San Agustin y reconoció que la costa se extendia mucho más allá hácia el sur-oeste. Rodrigo de Bastidas y Juan de

la Cosa, completando las investigaciones de Ojeda, doblaron en 1501 el cabo de Vela y recorrieron cien leguas de costas desconocidas, que algunos años más tarde debian adquirir bastante celebridad por las desdichas que en ellas sufrió Nicuesa, y el mismo Ojeda, y donde muy pronto se fundó el puerto de Nombre de Dios en el golfo de Darien.

En tanto que los españoles exploraban el continente, la pasion, ó más bien, el furor por los descubrimientos que Colon habia impreso á los espíritus de su siglo, se comunicó tambien á los extranjeros que pensaron participar de ellos á despecho de la decision pontificia que habia repartido el Nuevo Mundo entre españoles y portugueses. Ya mientras estas dos naciones discutian sobre los límites de sus posesiones, invocando la línea de demarcacion trazada por el papa, habia exclamado el rey de Francia: *Me gustaria ver el testamento en que el padre Adan dividió entre ellos el mundo sin dejarme á mí un palmo de terreno.* Así, pues, no es de extrañar que en 1467, Enrique VII, que habia antes tratado con Colon, acogiese favorablemente á los padre é hijo Juan y Sebastian Cabot, venecianos establecidos en Bristol, que salieron de este puerto en una pequeña flota en busca de tierras desconocidas, si bien adoptando las ideas del descubridor del Nuevo Mundo, buscaron la extremidad del Asia esperando hallar para las Indias un paso que no existe. Bajando, sin embargo, hácia el sur-oeste descubrieron á Terra-Nova (Newfoundland), visitaron la costa occidental de la América del Norte (Labrador), y variando de rumbo dieron la vuelta al cabo de la Florida, desde cuyo punto por falta de provisiones regresaron á Bristol. Los ingleses, que en los ramos todos de la marina pretenden orgullosamente ser los primeros, dicen que Cabot fué para los ingleses lo que Colon para los españoles, puesto que, añaden, si este descubrió las islas, aquel descubrió el continente. Bien puede dejarse á los ingleses en esta creencia, si es que con ella satisfacen su vanidad y orgullo nacional, que no por ello se arrancará á Cristóbal Colon la gloria de haber sido el primer descubridor del Nuevo Mundo.

El portugués Pedro Alvarez Cabral, enviado en 1500 por el



rey de Portugal con trece buques á las Indias orientales, para evitar la calma del mar de Guinea, navegó á lo largo, viéndose arrojado por una tempestad á unas costas hasta entonces desconocidas, que reconoció ser las de un continente; tomó tierra y se posesionó de ella en nombre de su soberano. Era el país descubierto antes por Pinzon, al que se dió el nombre de Brasil por la madera de color de fuego (brasa) que era allí muy abundante. Este tan afortunado como casual descubrimiento de los portugueses viene á demostrar, que si el génio, el valor y la perseverancia de Colon no hubiese hecho conocer la América á los europeos, el acaso hubiera podido realizar este gran descubrimiento.

Pero entre todos los extranjeros merece especial mención el que ha tenido la fortuna de dar su nombre á un mundo que él no habia descubierto, usurpando á Colon esta merecida gloria. Nos referimos á América Vespucci, ó Vespucio, como le llaman los españoles, mercader florentino que viajó á las órdenes del almirante y despues á las de Ojeda. Era ciertamente un hombre de mérito, buen geógrafo y buen marino; pero nada más. A su regreso á Europa, y á instancias de uno de los príncipes de la familia de los Médicis, escribió una relacion de sus aventuras y de supuestos viajes y descubrimientos, que por ser la primera que se dió del Nuevo Mundo fué impresa y reimpressa en Alemania, en Italia y en Francia, creciendo con ello la fama del navegante florentino. Un autor alemán publicó despues un libro sobre las navegaciones de Américo Vespuccio, proponiendo dar al Nuevo Mundo el nombre de *América* (1). El nombre hizo fortuna, se adoptó desde luego, y el tiempo lo sancionó, sin que fueran atendidas las reclamaciones que, contra la usurpacion y contra el impostor, hicieron Las Casas, Herrera, Oviedo y otros célebres historiadores españoles. Hoy, reconocida por todos la impostura, no se puede sin embargo dar á Colon la reparacion debida á su indisputable mérito; que á ello se oponen la costumbre y la ruti-

(1) Esta obra, que se publicó tres años despues de la muerte de Colon, llevaba el título de: *Cosmographiae introductio insuper quator Americi navigationis.*

na sancionada por los siglos. Reservado estaba al héroe de la independencia americana, al insigne Bolívar, el reparar en parte esta injusticia, al proponerse dar el nombre de *Colombia* á la república creada por sus victorias.

Siguiendo nuevamente el orden de los sucesos, que hemos interrumpido para dar cuenta de la participacion que en la exploracion y conquista de la América comenzaban á tomar algunas naciones de Europa, señalaremos las causas que en esta época determinaron las conquistas de los españoles en nuestro continente. Debilitado en estos el espíritu de descubrimiento, por absorber toda su atencion la explotacion de las minas de la Española, dejaron transcurrir algunos años sin emprender viaje alguno. Durante este tiempo Nicolás Ovando que habia sucedido á Bobadilla en el gobierno de aquella colonia, sometió en 1505 toda la isla de Haiti á la metrópoli: y en esta tan desigual guerra, en que todas las ventajas estaban de parte de los invasores, los americanos no fueron tratados como hombres que combaten en defensa de su libertad y de la independencia de su patria, sino como esclavos rebelados contra sus señores. Sometidos los naturales á un trabajo excesivo para la explotacion de las minas y cultivo de la tierra, sucumbieron con tal rapidez que parecia inevitable la completa extincion de la raza. Segun el historiador español Herrera, cuando Colon descubrió la Española, se contaban en ella un millon de habitantes que en el espacio de quince años se habian reducido á sesenta mil, lo que no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que ya Colon decia en 1500 á los reyes: «Desde que he dejado la isla, sé que han muerto *las cinco sextas partes de los naturales* por bárbaros tratamientos ó por cruel inhumanidad, algunos bajo el hierro, otros á fuerza de golpes, muchos de hambre, la mayor parte en los montes ó en las cavernas á donde se habian retirado por no poder tolerar los trabajos que se les imponian.» Para remediar esta falta de brazos, equipó Ovando en 1508 una escuadra que pasó á las Lucayas, y engañando miserablemente á sus crédulos y sencillos habitantes, transportó cuarenta mil de ellos á la Española. No bastó esto á satisfacer la necesidad que se sentia, y no siendo ya posible



enriquecerse en la Española con tanta rapidez como antes, viéronse los españoles obligados á buscar nuevas regiones bastante ricas para satisfacer su codicia. Así, pues, Juan Ponce de Leon pasó á San Juan de Puerto-Rico, isla descubierta por Colon en su segundo viaje, se estableció en ella y la sometió en pocos años, reduciendo á la esclavitud y tratando con tal rigor á los naturales, que su raza llegó á desaparecer enteramente.

Por el mismo tiempo (1508) Juan Diaz de Solís y Vicente Pinzon hicieron un viaje al continente, descubriendo y costeano la parte oriental del país que despues se llamó provincia de Yucatan. Poco mas de un año despues los propios Solís y Pinzon se embarcaron juntos para una segunda expedicion: dirigieron directamente al sur, hácia la línea equinoccial, que Pinzon habia atravesado anteriormente, y avanzaron hasta los cuarenta grados de latitud meridional. Con grán asombro vieron que el continente de la América se prolongaba á su derecha extendiéndose por el Océano; y si bien desembarcaron en varios puntos, y tomaron posesion de tan fértiles países en nombre de su soberano, no dejaron colonias en parte alguna. El resultado de este viaje fué dar á los españoles ideas mas exactas y completas acerca de esta parte del globo.

Más de diez años habian ya transcurrido desde que Colon descubrió el continente de la América, sin que los españoles se hubiesen establecido en ningun punto del mismo; y solo en el año 1509 fué cuando esto se intentó seriamente, no por el gobierno de España, sino por audaces, codiciosos y fanáticos aventureros, algunos de los cuales han adquirido merecida celebridad por el extraordinario valor y brillantes cualidades que desplegaron en tan osada empresa. El intrépido Ojeda que habia hecho ya dos viajes en solicitud de descubrimientos, en los cuales habia adquirido mucha reputacion y ninguna fortuna, fué el primero que armó una expedicion destinada á establecerse en el continente americano. Acompañábanle Balboa, Juan de la Cosa, Pizarro y otros llamados á figurar en primera línea en la historia de la conquista de nuestra pátria, no habiendo podido hacerlo, á causa de una enfermedad, el despues tan famoso Hernan Cortés. En esta misma

época Diego de Nicuesa, que se habia enriquecido en la Española, concibió un proyecto semejante. Fernando el Católico aprobó y fomentó los deseos de uno y otro, y si bien no quiso prestarles auxilio de ninguna clase, les prodigó títulos y patentes, nombrando á Ojeda gobernador de los países comprendidos desde el cabo de Vela hasta el golfo de Darien, y á Nicuesa de los situados desde este golfo hasta el cabo de Gracias á Dios. Ojeda con tres buques montados por trescientos hombres y Nicuesa con seis que llevaban setecientos ochenta, salieron á un mismo tiempo de Santo Domingo para ir á tomar posesion de sus respectivos gobiernos, llevando ya preparada, para dar apariencias de legalidad á la conquista, la fórmula que el papa habia hecho extender á una comision de sabios y jurisconsultos y que en lo sucesivo emplearon todos los conquistadores. Es un documento digno por todos conceptos de ser conocido, por cuyo motivo lo transcribimos á continuacion sin comentarios:

«Yo Alonso de Ojeda, servidor de los muy altos y muy poderosos Reyes de Castilla y de Leon, domadores de las gentes bárbaras; yo su embajador y capitan vos notifico y hago saber, como mejor puedo, que Dios nuestro Señor, uno y eterno, creó el cielo y la tierra, y un hombre, y una muger, de quien vosotros, y nosotros, y todos los hombres del mundo fueron, y son descendientes procreados, y todos los que despues de nosotros vinieren; mas por la muchedumbre de generaciones que destos han procedido desde cinco mil y mas años que ha que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos Reinos y Provincias, porque en una sola no se podian sustentar, ni conservar. De todas estas gentes Dios nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado San Pedro para que de todos los hombres del mundo fuese Señor, y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza de todo el linaje humano, do quier que los hombres estuviesen, y viviesen, y en cualquier ley, secta ó creencia; y dióle á todo el mundo por su servicio y jurisdiccion, y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar mas aparejado para regir el mundo, tambien le prometió



»que podia estar y poner su silla en cualquier otra parte del  
 »mundo, y juzgar y gobernar todas las gentes, Cristianos, Moros,  
 »Indios, Gentiles y de cualquier otra secta ó creencia que fuesen.  
 »A este llamaron *Papa*, que quiere decir, admirable, mayor, Pa-  
 »dre, guardador, porque es padre y gobernador de todos los  
 »hombres: A este Santo Padre obedecieron, y tomaron por Señor,  
 »Rey, y superior del Universo los que en aquel tiempo vivian, y  
 »ansi mismo han tenido á todos los otros que despues dél fueron  
 »al Pontificado elegidos: y así se ha continuado hasta ahora y se  
 »continuará hasta que el mundo se acabe.

»Uno de los Pontífices pasados, que he dicho, como señor del  
 »mundo, hizo donacion destas Islas, y tierra firme del mar Océa-  
 »no, á los Católicos Reyes de Castilla, que entonces eran don  
 »Fernando y doña Isabel de gloriosa memoria, y á sus sucesores  
 »nuestros señores, con todo lo que en ellas hay, segun se contie-  
 »ne en ciertas escrituras, que sobre ello pasaron, segun dicho es  
 »(que podreis ver si quisiérades). Así que su Magestad, es Rey, y  
 »Señor destas Islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha dona-  
 »cion, y como á tal Rey y Señor, algunas Islas, y casi todas, á  
 »quien esto ha sido notificado, han recibido á su Magestad, y le  
 »han obedecido, y servido, y sirven, como súbditos lo deben ha-  
 »cer y con buena voluntad y sin ninguna resistencia. Luego sin  
 »ninguna dilacion, como fueron informados de lo susodicho, obe-  
 »decieron á los Varones Religiosos, que les enviaba para que les  
 »predicasen, y enseñasen nuestra santa Fé: Y todos ellos de su  
 »libre y agradable voluntad, sin premio ni condicion alguna, se  
 »tornaron cristianos y le son: Y su Magestad los recibió alegre y  
 »benignamente, y así los mandó tratar como á los otros sus  
 »súbditos y vasallos, y vosotros sois tenidos y obligados á hacer  
 »lo mismo: Por ende como mejor puedo vos ruego y requiero  
 »que entendais bien esto que os he dicho, y tomeis para enten-  
 »derlo, y deliberar sobre ello, el tiempo que fuere justo, y reco-  
 »nozcais á la Iglesia por señora y superiora del Universo mundo,  
 »y al Sumo Pontífice, llamado *Papa*, en su nombre, y á su Ma-  
 »gestad en su lugar, como superior y señor Rey destas Islas, y  
 »Tierra Firme, por virtud de la dicha donacion, y consintais que

»estos Padres Religiosos declaren y prediquen lo susodicho: Y si  
 »así lo hiziéredes, hareis bien, y aquello que sois tenidos y obli-  
 »gados: Y su Magestad y yo en su nombre vos recibirán con todo  
 »amor y caridad, y vos dejarán vuestras mugeres y hijos libres,  
 »sin servidumbre, para que dellas y de vosotros hagais libremente  
 »todo lo que quisiéredes, y por bien tuviéredes, como lo han he-  
 »cho casi todos los vezinos de las otras Islas: Y allende desto su  
 »Magestad vos dará muchos privilegios, essenciones, y vos hará  
 »muchas mercedes. Si no lo hiziérades, ó en ello dilacion mali-  
 »ciosamente pusiérades, certíficooos que con el ayuda de Dios, yo  
 »entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por  
 »todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo  
 »y obediencia de la Iglesia y de su Magestad, y tomaré vuestras  
 »mugeres, y hijos, y os haré esclavos, y como tales los venderé y  
 »dispondré dello, como su Magestad mandare: Y vos tomaré  
 »vuestros bienes, y vos haré todos los males y daños que pudiere,  
 »como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor,  
 »y le resisten y contradizen. Y protesto que las muertes y daños  
 »que de ello reecieren, sea á vuestra culpa, y no de su Mage-  
 »stad, ni nuestra, ni destes caballeros, que conmigo vinieron. Y  
 »de como os lo digo y requiero pido al presente Escribano que  
 »me lo dé por testimonio signado.»

Los habitantes del continente que no entendieron, ni podian  
 entender una palabra de la intimacion que se les leyó, se opusie-  
 ron tenazmente á la invasion de sus territorios, que Ojeda y Ni-  
 cuesa trataron de conquistar con las armas en la mano; pero los  
 indios del continente no eran como los isleños tímidos y pacíficos,  
 y sí muy feroces y guerreros, causando sus envenenadas flechas  
 heridas que eran seguidas inmediatamente de la muerte. Rehusa-  
 ron primero entrar en relaciones de ninguna clase con extranjeros  
 que entendian podian amenazar su libertad é independencia, y  
 rechazaron despues la fuerza con la fuerza. Por primera vez los  
 españoles fueron derrotados y comprendieron lo que debian temer  
 de un pueblo que les odiaba implacablemente. Quizás con perse-  
 verancia, hubiesen podido los españoles vencer á estos pueblos,  
 dada la superioridad de sus armas, su habilidad en el arte de la